

## **5. Los Perros del Paraíso**

*Los Perros del Paraíso* (1983) tiene como tema central la llegada de Colón al continente americano en 1492, aunque a partir de ese suceso se hace una lectura de la realidad latinoamericana contemporánea, sus actuales colonialismos y sus respectivos tiranos. El relato parte del fin de la época medieval y los orígenes del Occidente moderno hacia el encuentro de Colón y sus hombres con el Paraíso. Los protagonistas de esta historia son desde luego el Almirante y la Reina Isabel de Castilla, aunque también intervienen personajes de otras épocas que acompañan a los personajes principales en la aventura del descubrimiento.

Amalia Pulgán, a propósito de esta novela, dice que “para acercar la historia al presente se utilizan diversos mecanismos, todos ellos derivados del anacronismo en distintos niveles” (626). El autor emplea este recurso en la creación de los personajes, al atribuirles características propias de personajes de otras épocas, o bien al juntar personajes de distintos tiempos como Swedenborg, Todorov y Nietzsche; en el uso del vocabulario, al emplear palabras como “transnacionales” o “*marketing*”; y en la tergiversación de hechos de distintos momentos históricos.

Posse publica esta novela en una época en que los escritores argentinos estaban haciendo una relectura de la dictadura militar recién superada, por lo que podría ser considerado evasionista. Sin embargo, Seymour Menton afirma que *Los perros del Paraíso* es una denuncia directa al abuso de poder; aunque no hable abiertamente de lo sucedido en su país durante la dictadura de Videla,

habla de un golpe militar (el primero del Nuevo Mundo) y atribuye a los reyes una ideología fascista y represiva que puede relacionarse con Proceso de Reorganización Nacional que acababa de superar su país.

La novela consta de cuatro capítulos que llevan el título de cada uno de los considerados elementos fundamentales por los antiguos griegos: aire, fuego, agua y tierra, además de una cronología de los hechos narrados en cada apartado, como una parodia de los antiguos cronistas; el tiempo que abarca la novela es del año 1461 a 1500. El narrador es extradiegético, y tiene la perspectiva de un individuo de finales del siglo XX. Constantemente recuerda al lector que se encuentra frente a un relato de algo que sucedió hace mucho tiempo.

El espacio de la narración va desde la Europa de fines del Medioevo, principalmente España e Italia, hasta los imperios precolombinos inca y azteca. Otros espacios importantes son el mar y finalmente el Paraíso Terrenal.

Existe una intención biográfica sobre todo en el caso de Isabel de Castilla y de Cristóbal Colón, de quienes cuenta la vida desde la infancia, haciendo descripción de su físico y su personalidad. Ambos son rebeldes, distintos del mundo al que pertenecen, incomprensidos y tiranos sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa con tal de conseguir lo que desean.

En el primer capítulo, "El Aire", se ubica la situación histórica de Occidente a mediados del siglo XV, el nacimiento de la modernidad y, en menor medida, se habla de las supuestas negociaciones incaico-aztecas, llevadas a cabo en Tlatelolco, para invadir "las tierras frías de Oriente". En el capítulo dos,

“El Fuego”, crece en Colón la obsesión por el Paraíso; con el matrimonio de Fernando e Isabel y el nombramiento de Rodrigo Borja como futuro Papa, se inicia la nueva época del Renacimiento; es el tiempo de la guerra por el establecimiento del poder del reino de Castilla y Aragón. Isabel y Colón pactan la conquista del Paraíso y en Tenochtitlán se predice la llegada de hombres blancos y barbados.

El viaje hacia el Paraíso inicia en el capítulo tres, “El Agua”, el paso por las islas Canarias y el ingreso en mares desconocidos; es importante señalar que en este apartado es donde el autor hace más experimentos estilísticos, incluso utiliza exclamaciones que recuerdan el glíptico de Cortázar o el último canto del poema de Vicente Huidobro, *Altazor*:

Gemidos hondos en las fogonaduras del trinquete, mayor y mesana, exigidos al máximo (...). Vibra la nao. Potra en celo. Es un instrumento de cuerdas en su máximo allegro (...). Gime, gime el viento (...) – Á Evoh! Á Evoh! (...) galope loco por los campos de la mar. Entrega. Fiesta. Éxtasis. Abandono al espacio. (164)

Finalmente en el capítulo cuatro, “La Tierra”, Colón y sus hombres llegan al Paraíso. Empieza el descubrimiento y la conquista. El rey Fernando se siente defraudado porque Colón no trae el oro prometido. Después de la muerte del hijo de los Reyes Católicos, Colón es devuelto a España en cadenas.

El narrador va dibujando a los personajes por medio de anécdotas; no utiliza adjetivos de carácter, sino que plantea situaciones que permiten la recreación física de los personajes y entender su psicología.

El uso de palabras ajenas a la época, como “psicoanálisis”, “transnacionales” o “ghetto”, provocan un rompimiento en la narración, un distanciamiento que recuerda al lector que está frente a una novela, debido a que este tipo de palabras remiten a conceptos actuales inexistentes en aquella época. Independientemente de que en la novela histórica en general, incluso en las del siglo XIX, no existe un afán especial en reproducir las hablas antiguas.

El lenguaje que utiliza Posse es barroco, rebuscado y metafórico, como puede observarse en el siguiente fragmento:

Occidente jadeaba, ansiaba su sol muerto, su perdido nervio de vida, la fiesta soterrada. Tanteaba en la oscuridad del sótano conventual la estatua de la diosa griega (que en realidad alguien había arrojado al mar). Los hombres vacíos, casi sin sombra buscaban su estatura.

Occidente, vieja Ave Fénix, juntaba leña de cinamomo para la hoguera de su último renacimiento.

Necesitaba ángeles y superhombres. Nacía, con fuerza irresistible, la secta de los buscadores del paraíso. (13)

Desde el inicio del texto se plantea la necesidad de revitalizar un mundo desgastado, de ahí la búsqueda de una realidad distinta que renueve la que ya existe. Colón quiere rescatar al hombre de Occidente con el Descubrimiento del Paraíso; es el inicio de la utopía europea de la que hablan autores como Fernando Aínsa y Carlos Fuentes: el viaje de Colón significó para los europeos el encuentro con un mundo distinto, inmaculado.

Curiosamente los perros simbolizaban para los españoles ferocidad y lujuria. Los perros ayudaban a los hombres a preservar el orden por medio del miedo, por lo tanto, los perros del paraíso es una imagen que parodia la idea occidental del paraíso, ya que a donde llega Colón es un lugar sin maldad; no existe el pecado y por lo tanto no hay necesidad de ningún tipo de control. Además, no se debe olvidar que en la mitología grecorromana es Cancerbero, un perro de tres cabezas, quien vigila la entrada al Infierno. Este juego entre Paraíso e Infierno es una constante en la Trilogía del Descubrimiento.

Los perros durante la época de la conquista también fueron un emblema de la opresión española, de su crueldad y salvajismo. En el libro *Visión de los Vencidos*, editado por Miguel León-Portilla, se encuentra la siguiente descripción:

Sus perros son enormes, de orejas ondulantes y aplastadas, de grandes lenguas colgantes; tienen ojos que derraman fuego, están echando chispas: sus ojos son amarillos, de color intensamente amarillo.

Sus panzas, ahuecadas, alargadas como angarilla, acanaladas.

Son muy fuertes y robustos, no están quietos, andan jadeando, andan con la lengua colgando. Manchados de color como tigres, con muchas manchas de colores. (86)

Es innegable el paralelismo que establece Posse entre la conquista española y la situación colonial actual, en la que América depende económica y culturalmente de los países desarrollados; reiteradamente se habla de estrategias de mercado, de transnacionales y de expansión comercial, conceptos que hacen evidente la intención del autor por demostrar que la historia se repite, es cíclica.

Se hace un retrato de Colón como un ser ambiguo, tal como nos lo muestran las diferentes versiones no oficiales de la historia. Todorov, por ejemplo, lo entiende como un ser que justifica en su búsqueda de oro su ansia de Paraíso; Pastor ve en él a un personaje permeado por sus lecturas y creencias, lo que lo obliga a ver en todo lo que encuentra al *Gran Khan* del que hablaba Marco Polo. El narrador de Posse no sólo lo ve como un hombre de creencias y convicciones ambiguas, también físicamente lo define como un anfibio de extremidades palmípedas: “El Almirante comprueba su capacidad de flotación. Sabe, por múltiples experiencias, que es preferentemente anfibio” (141).

Colón es un “elegido” que pronto descubre su misión. Todas las descripciones que se hacen de este personaje están encaminadas a evidenciar su carácter extraordinario: “La voz del mar le susurraba en verso. Lo llamaba. Clarísimamente escandía:

–Coo – lón

Cooo – lón” (20).

En cuanto a los personajes secundarios, hay un personaje casual cuyas intervenciones son significativas: el del lansquenete germano Ulrico Nietz, nombre que lo asocia con Federico Nietzsche. Con este personaje, aparentemente periférico, el narrador inserta en la época de la conquista, a uno de los máximos representantes del pensamiento contemporáneo; incluso la descripción física hace evidente la relación con el filósofo alemán: “Tenía bigotazos de crin dura, inflexible; crin de jabalí al que mataron la hembra en una infame cacería...” (23). Gracias a él se consiguen los momentos más logrados de intertextualidad, aforismos nietzchanos conocidos ampliamente, le son atribuidos, como “el hombre es una cosa que debe ser superada” o el famoso “Dios ha muerto”. Incluso considera a Colón como un “superhombre”. Nietzsche fue uno de los más asiduos defensores de la idea de la historia circular. Él llamó a su teoría “el eterno retorno”, en la que explica que la misma historia se repite infinitamente; como se vio en el capítulo tres, señalar el carácter cíclico de la historia es un rasgo común en la nueva novela histórica.

Paralelo a este mundo que pedía a gritos una salida del oscurantismo, a este expansionismo incipiente, en el continente americano los dos imperios más importantes, el azteca y el incaico, negociaban una posible invasión a la “tierra de los pálidos”. El narrador aprovecha este momento del relato para comparar estas dos sociedades prehispánicas y además hace una conexión con la historia reciente, recurso que utilizará a lo largo de toda la novela: “Estos aztecas tenían

aperturas a la gracia, a la inexactitud. Toleraban el comercio libre y la lírica. El incario en cambio, era geométrico, estadístico, racional, bidimensional, simétrico. Socialista en suma” (33).

Recuérdese en este sentido al pensador peruano José Carlos Mariátegui, quien encontró en la organización política de sus antepasados un socialismo primitivo. Es interesante que la descripción del narrador de *Los perros* es similar a la del autor peruano:

Todos los testimonios históricos coinciden en la asección de que el pueblo incaico –laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo– vivía con el bienestar material. Las subsistencias abundaban; la población crecía. El imperio ignoró radicalmente el problema de Malthus. La organización colectivista, regida por los incas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia a su deber social. (15)

Occidente finalmente deja de interesarle a estos imperios prehispánicos por tratarse de un mundo pervertido y deteriorado. Este supuesto encuentro de los imperios más importantes de la América Prehispánica es un ejemplo de la ficcionalización de la historia que se hace en la novela; también es una inversión del discurso colonizador, aunque al suponer que los imperios precolombinos también estaban organizando una expedición hacia Europa, iguala a las culturas



en la ambición y el expansionismo, que son aspectos negativos del mundo “civilizado”.

Aunque estas supuestas negociaciones no llegan a nada, Huamán, representante incaico, cuenta al *tecuhtli* que ya habían sobrevolado tierras del otro lado del Atlántico y le parece que esos hombres no merecen ninguna atención. Para el *tecuhtli*, en cambio, es mejor acabar con ellos antes de que se adelanten.

Más adelante, después de describir las majestuosas ceremonias y la belleza arquitectónica de estos imperios, la narración se desplaza hacia la época actual y de esta forma mezcla la ficción, que supone una alianza pasada y un conocimiento de otras tierras no registrado en la historia oficial, con la realidad que viven los sobrevivientes indígenas en la actualidad y el colonialismo al que están sometidos:

(¿Cómo imaginar que aquellos adolescentes y princesas solemnes, de labios anchos y turgentes como diosas de la iconografía camboyana, terminarían de lavacopas y de camareras en el *self-service Nebraska* “ a sólo 50 metros de la plaza de las Tres Culturas? Parking Reservado”). (59)

Sin embargo, al hablar de los espacios americanos, Posse no escapa del exotismo, habla de rituales, sacrificios y dioses con la distancia de un occidental. El mismo autor afirma que intentó recrear la sorpresa de los españoles al enfrentarse a un mundo desconocido, para lograr así un extrañamiento en el lector.

Por otro lado, a la reina Isabel la define como una mujer de un enorme deseo sexual, atributo que desde luego queda fuera de la historia oficial. De hecho, toda la novela está permeada por el aspecto erótico de situaciones y personajes. Esto, además de ser una característica común en la mayoría de sus contemporáneos, le da vitalidad a la narración y carnalidad a los personajes:

La inminencia del amor turgía la carne de la princesa niña. Días exaltados, turbulentos. Todo aire se transformaba en brisa caliente al aproximársele. Ni el viento frío de septiembre, que ya soplaba, la calmaba.

Buscaba serenarse echándose a galopar salvajemente por los peñascales. Reventó tres caballos en diez días.

Dice la crónica que empezó a emitir un olor potente –pero no repulsivo, por cierto- de felina en celo. (45)

Es en este ambiente de deseo en el que se consuma el matrimonio de Fernando e Isabel, que se describe como una relación predominantemente carnal mezclada con sus ambiciones imperialistas:

Al primer erotismo –lujuria febril- que los había enmudecido y puesto máscaras graves de notarios o de verdugos, siguieron los primeros diálogos transcurridos en los desvelos o en esa fatigada laxitud de los amantes en ciencia administrativa.

–¡Acabar con esa pecaminosa felicidad de los moros en sus territorios de Al-Andalus!

–¡Un imperio, un pueblo, un conductor!

–¿Y el terror? ¿Cómo conseguir alguna unidad sin terror?

–¿Y el dinero?

–Lo tienen los judíos. Si ellos lo prestan, ¿por qué no quitarles el capital en nombre de la religión verdadera? ¿Un judío sin sufrimiento se vulgariza como cualquier cristiano...?

–¡Todo por hacer! ¡El mundo, la vida! ¡Hay que conquistar Francia, Portugal, Italia, Flandes! ¡Despedazar a los moros! ¡Los mares! ¡Los mares!

–¡Y el santo sepulcro!

–No lo olvidaremos.

Hasta que se iban silenciando en el beso, que era lo primero, para volver a caerse el uno dentro del otro. (55-56)

El fragmento anterior mezcla el calor de los amantes con la frialdad de las estrategias políticas de control; se conjunta en un solo momento la conducción de un reino (“ciencia administrativa”) con la lujuria. Hay un desdén hacia los pueblos distintos, como los moros y judíos, y un afán de sometimiento a partir del terror. Desde luego que no puede ignorarse la similitud con la nación argentina que tan solo en el siglo XX tuvo tres golpes militares y tres golpes de estado. Así, entre humor y erotismo, el narrador anuncia el nacimiento del Imperio Español y su alianza con la Iglesia Católica, con la ejecución de un rito sexual celebrado por Fernando, Isabel y Rodrigo Borja y, para darle verosimilitud a este suceso, se anota al pie de página que aún puede visitarse el lugar donde este rito se llevó a cabo.

Los Reyes Católicos creían en la violencia, en el sometimiento y la represión. Incluso en el libro son equiparados con tiranos posteriores como Adolf Hitler, a quien el narrador atribuye una gran admiración por la Reina. En una nota al pie de página se afirma lo siguiente: “Austriaco y cursi al fin, el Führer llevaba un escapulario de felpa amarilla que encerraba una espiguita de trigo manchego y un retrato de Isabel” (52). Desde luego que esta afirmación es completamente verosímil, ya que ambos soberanos aborrecieron y persiguieron los judíos.

A pesar de todo, la relación amorosa de los reyes se deteriora pronto. Una de las razones es la coronación de Isabel sin darle aviso a Fernando, quien en venganza le es infiel a su esposa, que se vuelve exageradamente celosa. Al incluir en la narración este aspecto de la relación de los reyes, el autor manifiesta la falocracia de la época, misma que Isabel no respetaba. Además se muestran los conflictos de un matrimonio como cualquier otro: la infidelidad, los celos, las luchas de poder entre hombre y mujer son aspectos humanos de dos figuras casi deificadas en la historia oficial.

En este sentido es muy importante el papel del personaje de Beatriz de Bobadilla, a la que, después de sus amoríos con Fernando, la Reina nombra “adelantada” y la envía a las islas Canarias, en donde se vuelve, además de una tirana, una adicta a excesos sexuales como el sadomasoquismo. Cuando Colón inicia su viaje hacia el Paraíso, en su escala obligada en las islas no escapa de los placeres que le ofrece la Dama Sangrienta. Bobadilla es una especie de *alter ego* de doña Isabel, aunque “El odio entre las dos mujeres las uniría toda la vida

hasta 1504 cuando en Medina de Campo una de las dos morirá envenenada por la otra” (144).

Beatriz Bobadilla era hermana de Juana la Beltraneja, hija de Enrique IV y rival de Isabel por el trono de Castilla. Al morir su padre, Bobadilla por motivos políticos queda como protegida de la Reina, de la que fue amiga y “dama de honor” toda la vida; a pesar de que la historia oficial desmiente el odio entre estas dos mujeres, no resulta tan ilógico, pensando que Isabel le ganó el trono a su hermana.

Cabe mencionar que los personajes femeninos se asemejan mucho a los descritos en novelas clasificadas en el subgénero del realismo mágico: mujeres de extraordinaria fuerza, capaces de cualquier tipo de dominación, con desmesurados deseos sexuales e incluso, en el caso de la segunda esposa de Colón, la judía Beatriz Arana, con una conexión con el más allá.

Respecto a algunos aspectos formales, el autor recurre a estrategias que complican la lectura, por ejemplo, las transiciones de un sujeto a otro son confusas; el narrador empieza a hablar de otro personaje que no menciona hasta uno o dos párrafos después.

Existe también una serie de referentes correspondientes a otras épocas y lugares distintos a los que trata la novela, como el adjetivo alemán “*kitsch*” que podría traducirse como de mal gusto, y la imagen china “*ying*”, que representa lo femenino. Además crea neologismos relacionados en su mayoría con la religión, como “virgolalia” o “virgomariano”.

Otro de los llamados de atención que hace el autor sobre el lenguaje es la constante alusión al carácter extranjero de Colón, que siendo italiano parte en una expedición auspiciada por el reino de Castilla y Aragón, razón por la que se ve en la necesidad de comunicarse en una lengua que no le pertenece. Incluso va más lejos y en una nota al pie se hace el siguiente comentario:

Colón, como la mayoría de los argentinos, era un italiano que había aprendido español. Su idioma era necesariamente bastardo, desosado, agradablón y aclaratorio como el que abunda en la literatura del Río de la Plata. Colón decía *piba, bacán, mishiadura, susheta*, palabras que sólo retienen los tangos y la poesía lunfarda. En su relación con Beatriz de Arana, en Córdoba, se le pegó el famoso *ché*. (Véase: Nahum Bromberg, *Semiología y Estructuralismo*, cap. IV: "El idioma de Cristoforo Colon. Manila, 1974.). (65)

El uso de este tipo de notas al pie de página a lo largo de toda la novela es significativo, ya que se ficcionaliza completamente al personaje, se le redimensiona y se le dota de valor simbólico. Colón es interpretado entonces como el primer inmigrante, y como es sabido Argentina es una nación conformada por extranjeros; el lunfardo es un dialecto porteño usado sólo en los estratos más bajos y, finalmente, la ironía es llevada al absurdo al poner una cita falsa, cuyo autor, igualmente ficticio, es judío, una de las minorías que ha sufrido mayor discriminación en Argentina. También se logra simultáneamente el efecto de estar leyendo una historia rigurosamente documentada o bien de encontrarse

frente a una ficción y metaficción al estilo de Jorge Luis Borges. En el caso de la cita anterior, por medio de la parodia se reflexiona sobre la regionalización de la lengua en América Latina y se hacen varias conexiones del personaje con la República Argentina y sus sectores más marginados.

Para la investigadora chilena Judi Herrera, también se encuentran referencias historiográficas legitimadas por historiadores, científicos, cronistas y personajes reales, pasados y presentes, cuya función, en primera instancia, es la de hacer parecer verdadero el discurso ficticio. Con un tono grave que imita el discurso autoritario de la historia o de la religión, se intenta legitimar la realidad a la que se hace referencia en los epígrafes. Para aumentar la credibilidad en el discurso se trata de estipular la fecha exacta y los lugares en que se llevaron a cabo los hechos; de esta manera, el narrador, en su afán de precisión, o como producto de la parodia al discurso histórico, determinará, al igual que en la ficción realista, con exactitud los acontecimientos.

La reflexión metahistórica se hace más evidente con el uso de rompimientos en la narración como el siguiente: “(sólo hay historia de lo grandilocuente, lo visible, de actos que terminan en catedrales y desfiles; por eso es tan banal el sentido de la historia que se construyó para consumo oficial)” (66). Más adelante vuelve a esta afirmación: (muy poco de lo importante queda por escrito, de aquí la falsedad esencial de los historiadores)” (109).

Los recursos antes mencionados cumplen la función de cuestionar la legitimidad de la historia oficial; incluso el uso de paréntesis le da a los comentarios un carácter marginal y extranarrativo. Con lo anterior también se

logra cierto dialogismo o multiplicidad de perspectivas que cuestiona la verdad absoluta.

En este libro se encuentra la perspectiva imperialista de los reyes, la obsesión de Colón por el Paraíso, el interés de los incas y los aztecas en expandir sus territorios y la postura del narrador, que mantiene cierta distancia temporal con los hechos narrados. Un ejemplo de esto puede observarse al comentar el primer encuentro de Colón con la reina Isabel:

No sería difícil hoy, a la luz de la ciencia psicoanalítica, explicarse el incidente: la genitalidad del plebeyo Colón había quedado bloqueada ante la presencia de la realeza. Era una inhibición surgida del sometimiento de clase. (119)

En este fragmento puede observarse la parodia al análisis histórico bajo la luz de las teorías contemporáneas, no sólo del psicoanálisis, sino también del marxismo, al referirse a la diferencia de clase. Sobre este mismo suceso completa su comentario con la siguiente referencia:

(Por eso yerra el gran Alejo Carpentier cuando supone una unión sexual, completa y libre, entre el navegante y la Soberana. La noble voluntad democratizadora lleva a Carpentier a ese excusable error. Pero es absolutamente irreal. La intimidación del plebeyo fue total en el aspecto físico. Total, en cambio, fue su descaro metafísico y así alcanzó la liberación del panorgasmo). (120)

En este caso, Posse lleva hasta sus últimas consecuencias la parodia del historiador y la metaficción, ya que rebate una postura igualmente novelesca: lo



escrito por Alejo Carpentier en *El arpa y la sombra*, novela histórica que trata el mismo tema que *Los perros del paraíso*.

La novela de Posse no contradice el discurso de mitificación que Beatriz Pastor atribuye a los testimonios de Cristóbal Colón; incluso lleva al extremo la búsqueda y el descubrimiento del Paraíso, que la autora denomina “verificación descriptiva”. Los registros del lugar encontrado están mezclados con reflexiones de índole moral e incluso mística. Respecto a la reacción de los reyes frente a las pocas riquezas que consiguió el Almirante, Fernando de Aragón se siente seriamente agraviado, en cambio la reina considera:

que nuestro almirante nunca creyó que la tierra era redonda. Estábamos juntos en Santa Fe cuando nos comunicó sus últimos secretos geográficos: que la tierra es plana para la instancia humana, pero esférica, aunque no perfectamente redonda, en el orden cósmico, como lo son la mayoría de los planetas... Ahora no se contradice cuando nos explica que tiene forma de pera o de pelota con teta de mujer, perdonen vuesamercedes la expresión. Pero si es cierto lo que nos comunica, todo el orden del mundo cambiará, desde ya Roma no podrá seguir siendo la sede del vaticano, sólo tendrá sentido la mística, nadie tendrá derecho a seguir privilegiando la banalidad de las cosas terrenales...– Bajó los ojos en significativo recogimiento. (196)

Este fragmento de la novela muestra la mezcla no sólo de las crónicas de Colón, sino la postura de la reina y su simpatía por el Almirante. El rey, de

ambiciones materialistas, encuentra en Colón a un verdadero impostor. Está también la reflexión sobre el cambio que significó el descubrimiento de otro continente en la cosmovisión occidental, en palabras de Todorov, el descubrimiento del “otro”.

La llegada al Paraíso significó para Colón el encuentro con la inocencia, con la bondad absoluta, con la ausencia de culpa. Para los tripulantes de la expedición significó libertinaje sexual, en un principio, posteriormente el aburrimiento occidental, por la falta de maldad:

El “prodigio” del descubrimiento en la novela de Posse toma una significación diferente a la adoptada en textos anteriores, no es el prodigio del oro, la tierra como botín, sino el prodigio de una nueva espiritualidad, la tierra como paraíso. (Pulgán 629)

El final de la novela es desolador; en éste se mezclan la cruenta conquista de América por los españoles, con la conquista comercial actual; por un lado se narra la institucionalización del pecado en el nuevo mundo y la llegada de la civilización y por otro se habla de la llegada de las transnacionales y el régimen neoliberal.

Se sugiere un golpe de estado a Colón organizado por el personaje de Roldán, que podría ser cualquier dictador latinoamericano. Colón es regresado a España como un demente, incomprendido. El narrador frente a esto aventura la siguiente afirmación:

Resultaba evidente que el Almirante había sufrido una mutación ya probablemente sin retorno. La conciencia racional característica de los “hombres del espíritu” de occidente lo había abandonado.

Sin saberlo, como para apenarse o jactarse vanamente, se había transformado en el primer sudamericano integral. Era el primer mestizo y no había surgido de la unión carnal de dos razas distintas. Un mestizaje sin ombligo, como Adán. (243)

El tema del mestizaje cultural, producto del contacto con tierras y personas distintas, más que como resultado biológico de una relación interracial, ya lo habían formulado otros pensadores latinoamericanos, como Pedro Henríquez Ureña, quien en sus textos críticos reconoce en Colón y otros exploradores del Nuevo Mundo a los primeros hispanoamericanos.

Recapitulando lo visto se puede afirmar que no se está frente a una novela histórica tradicional; en primer lugar en *Los perros de paraíso* se hace evidente el carácter cíclico de la historia, que paradójicamente se mezcla con la incertidumbre frente a la multiplicidad de hechos posibles, desde la existencia de un hombre con extremidades palmípedas [“El Almirante era palmípedo y –ya no cabían dudas: preferentemente anfibio –“ (207)]; hasta el encuentro con la serpiente que le habló a Eva en el Paraíso [“Vieron una maravillosa anaconda negra y amarilla y por su tamaño y su lujo no dudaron que era la que había hablado a Eva” (213)].

La reescritura de un episodio histórico con distorsiones tan evidentes como la integración de los cuatro viajes del Almirante en uno solo, la exagerada

sensualidad de la reina Isabel o el vuelo de los incas en un globo aerostático sobre tierras europeas, aunada a los personajes ficcionalizados a los que se atribuyen características tanto humanas como maravillosas, logran un artificio que convierte a *Los perros del Paraíso* en una novela barroca, que todo el tiempo está llamando la atención sobre sí misma, al tiempo que hace una reflexión profunda sobre una época de la que todavía pueden percibirse las repercusiones en la actualidad.

Gracias a la intertextualidad, principalmente con el diario de Colón y algunos textos filosóficos, la novela se convierte en un *collage* compuesto de diversas posturas que a su vez logran la polifonía de la narración.

Según Amalia Pulgán, el Paraíso es un espacio carnavalesco; en particular, el Paraíso descrito en la novela de Posse adquiere esta característica, pues es un espacio en donde todo está permitido: la sexualidad se admite sin culpa, la desnudez es parte de la vida cotidiana, no hay moralidad cristiana; abunda en la naturaleza comida y animales, en el Paraíso se puede únicamente *estar*. Aunque no es precisamente el carnaval del que habla Bajtin, sí es un espacio totalmente contrario al mundo de donde provienen los personajes. Todo esto transgrede la visión occidental y pronto la tripulación del Almirante se empieza a dar cuenta de que la vida sin pecado, sin culpa y sin miedo no tiene sentido para ellos:

Es el primer ámbito del hombre antes de su caída y de su condena a muerte. Es el Jardín de las Delicias. Recordad a los poetas... No se trata del alma eterna sino de la maravillosa eternidad de los cuerpos.

¡No hay culpa! ¡No hay pecado! ¿Habéis visto a la marinería?: hasta el más canalla sonrío y entrecierra los ojos extasiado ante los ángeles desnudos, el trinar de las avecillas, el color de las cacatúas y las travesuras de los monitos que nos ofrecen bananas pero nos tiran cacahuetes (sic). (207)

Colón inaugura la Utopía Americana, y su hazaña es para muchos el inicio de la modernidad. Tal como lo dice la reina Isabel en esta novela, la hazaña de Colón cambió el orden del mundo, el rumbo de la humanidad. El nacimiento de esta nueva era y sus repercusiones en el mundo actual son las complejas realidades que Posse sintetiza en esta novela.

Después de la celebración del V Centenario del “encuentro” de dos mundos, la historia oficial sobre este hecho ha cambiado enormemente; han proliferado las publicaciones que evalúan el descubrimiento de una forma más crítica e incluso textos anteriores a esta conmemoración que eran poco conocidos gozan de una mayor difusión. Tal es el caso de *Los perros del paraíso*, que si bien en el año de su publicación pudo haber sido un texto polémico, veinte años después, aunque no deja de ser un discurso que se sale de lo oficial, la cantidad de información respecto al choque de las dos culturas, me parece que lo hace menos impactante, aunque desconozco cuál es su recepción en la actualidad. Considero que no debe ignorarse el contexto en el que fue publicado, cuando su país apenas salía de la dictadura y era importante denunciar tanto los mecanismos represivos como la validez de la historia oficial;

hace veinte años el revisionismo histórico, desde la llegada de los españoles, era una necesidad imperiosa para entender el presente.